

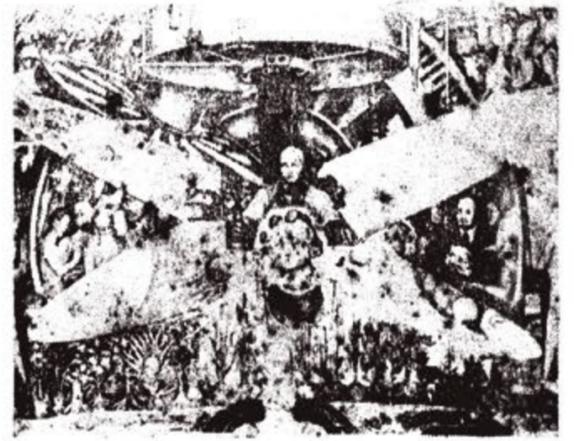
# Apuntes del Hombre

UBI LIBERTAS IBI PATRIA

AÑO I

LIMA, JULIO 1951

No. 1



ROCKEFELLER: Diego Rivera

## P A C O Y U N Q U E

Cuento inédito para niños de CÉSAR VALLEJO

Cuando Paco Yunque y su madre llegaron a la puerta del colegio, los niños estaban jugando en el patio. La madre le dejó y se fué. Paco, paso a paso, fué adelantándose al centro del patio, con su libro primero, su cuaderno y su lápiz. Paco estaba con miedo, porque era la primera vez que venía a un colegio y porque nunca había visto a tantos niños juntos.

Varios alumnos, pequeños como él, se le acercaron y Paco, cada vez más tímido, se pegó a la pared, y se puso colorado. ¡Qué listos eran todos esos chicos! ¡Qué desenvueltos! Como si estuviesen en su casa. Gritaban. Corrían. Reían hasta reventar. Saltaban. Se daban de puñetazos. Eso era un enredo.

Paco estaba también atolondrado porque en el campo no oyó nunca sonar tantas voces de personas a la vez. En el campo hablaba primero uno, después otro, después otro y después otro. A veces, oyó hablar hasta cuatro o cinco personas juntas. Era su padre, su madre, don José, el cojo Anselmo y la Tomasa. Con las gallinas eran más. Y más todavía con la acequia, cuando crecía. Pero no. Eso no era ya voz de personas, sino otro ruido, muy diferente. Y ahora sí que esto del colegio era un bulla fuerte, de muchos. Paco estaba asordado.

Un niño rubio y gordo, vestido de blanco, le estaba hablando. Otro niño, más chico, medio ronco y con blusa azul, también le hablaba. De diversos grupos se separaban los alumnos y venían a ver a Paco, haciéndole muchas preguntas. Pero Paco no podía oír nada, por la gritería de los demás. Un niño trigueño, cara redonda y con una chaqueta verde muy ceñida en la cintura, agarró a Paco por un brazo y quiso arrastrarlo. Pero Paco no se dejó. El trigueño volvió a agarrarlo con más fuerza y lo jaló. Paco se pegó más a la pared y se puso más colorado.

En ese momento sonó la campana, y todos entraron a los salones de clase.

Dos niños —los hermanos Zumiga— tomaron de una y otra mano a Paco y le condujeron a la sala de primer año. Paco no quiso seguirlos al principio, pero luego obedeció, porque vio que todos hacían lo mismo. Al entrar al salón se puso pálido. Todo quedó repentinamente en silencio y este silencio le dió miedo a Paco. Los Zumiga le estaban jalando, el uno para un lado y el otro para el otro lado, cuando de pronto le soltaron y lo dejaron solo.

El profesor entró. Todos los niños estaban de pie, con la mano derecha levantada a la altura de la sien, saludando en silencio y muy erguidos.

Paco sin soltar su libro, su cuaderno y su lápiz, se había quedado parado en medio del salón, entre las primeras carpetas de los alumnos y el pupitre del profesor. Un remolino se le hacía la cabeza. Niños. Paredes amarillas. Grupos de niños. Vocerío. Silencio. Una tracamalada de sillitas. El profesor. Ahí,

solo, parado, en el colegio. Quería llorar. El profesor le tomó de la mano y lo llevó a instalar en una de las carpetas delanteras junto a un niño de su mismo tamaño. El profesor le preguntó:

—¿Cómo se llama usted?  
Con voz temblorosa, Paco respondió muy bajito:

—Paco.  
—¿Y su apellido? Diga usted todo su nombre.

—Paco Yunque.  
—Muy bien.

El profesor volvió a su pupitre y, después de echar una mirada muy seria sobre todos los alumnos, dijo con voz de militar:

—¡Siéntense!  
Un traqueteo de carpetas y todos los alumnos ya estaban sentados.

El profesor también se sentó y durante unos momentos escribió en unos libros. Paco Yunque tenía aun en la mano su libro, su cuaderno y su lápiz. Su compañero de carpeta le dijo:

—Pon tus cosas, como yo, en la carpeta.

Paco Yunque seguía muy aturdido y no le hizo caso. Su compañero le quitó entonces sus libros y los puso en la carpeta. Después, le dijo alegremente:

—Yo también me llamo Paco. Paco Fariña. No tengas pena, Vamos a jugar con mi tablero. Tiene torres negras. Me lo ha comprado mi tía Susana. ¿Dónde está tu familia, la tuya?

Paco Yunque no respondía nada. Este otro Paco le molestaba. Como éste eran seguramente todos los demás niños: habladores, contentos y no les daba miedo el colegio. ¿Por qué eran así? Y él, Paco Yunque, ¿por qué tenía tanto miedo? Miraba a hurtadillas al profesor, al pupitre, al muro que había detrás el profesor y al techo. También miró de reojo, a través de la ventana, al patio, que estaba ahora abandonado y en silencio. El sol brillaba afuera. De cuando en cuando, llegaban voces de otros salones de clase y ruidos de carretas que pasaban por la calle.

¿Qué cosa extraña era estar en el colegio! Paco Yunque empezaba a volver un poco de su aturdimiento. Pensó en su casa y en su mamá. Le preguntó a Paco Fariña:

—¿A qué hora nos iremos a nuestras casas?

—A las once. ¿Dónde está tu casa?

—Por allá.

—¿Está lejos?

—Sí... No...

Paco Yunque no sabía en qué calle estaba su casa, porque acababan de traerlo, hacía pocos días, del campo y no conocía la ciudad.

Sonaron unos pasos de carrera en el patio, apareció en la puerta del salón Humberto, el hijo del señor Dorian Grieve, un inglés, patrón de los Yunque, gerente de los ferrocarriles de la «Peruvian Corporation» y alcalde del pueblo. Precisamente a Paco le habían hecho venir del campo para que acompañase al colegio a Humberto y para

que juegue con él, pues ambos tenían la misma edad. Sólo que Humberto acostumbraba venir tarde al colegio y ésta vez, por ser la primera, la señora Grieve le había dicho a la madre de Paco:

—Lleve usted ya a Paco al colegio. No sirve que llegue tarde el primer día. Desde mañana esperará a que Humberto se levante y los llevará usted juntos a la dos.

El profesor, al ver a Humberto Grieve, le dijo:

—¿Hoy otra vez tarde?

Humberto con gran desenfado, respondió:

—Me he quedado dormido.

Humberto Grieve, instalado ya en su carpeta con Paco Yunque, le dijo al profesor:

—Sí, señor. Porque Paco Yunque es mi muchacho. Por eso.

El profesor lo sabía esto perfectamente y le dijo a Humberto Grieve:

—Muy bien. Pero yo lo he colocado con Paco Fariña, para que atienda mejor las explicaciones. Déjelo que vuelva a su sitio.

Todos los alumnos miraban en silencio al profesor, a Humberto Grieve y a Paco Yunque.

Fariña fué y tomó a Paco Yunque por la mano y quiso volverlo a

Paco Yunque le tenía tanto miedo a Humberto Grieve? ¿Por qué este Humberto Grieve solía pegarle a Paco Yunque?

El profesor se acercó a Paco Yunque, le tomó por el brazo y le condujo a la carpeta de Fariña. Grieve se puso a llorar, pateando furiosamente en su banco.

De nuevo se oyeron pasos en el patio y otro alumno, Antonio Gedres, —hijo de un albañil— apareció a la puerta del salón. El profesor le dijo:

—¿Por qué llega usted tarde?  
Porque fuí comprar pan para el desayuno.

—¿Y por qué no fué usted más temprano?

—Porque estuve alzando a mi hermanito y mamá está enferma y papá se fué a su trabajo.

—Bueno, dijo el profesor, muy serio. —Párese ahí... Y, además, tiene usted una hora de reclusión.

—Le señaló un rincón, cerca de la pizarra de ejercicios.

Paco Fariña, se levantó entorpecido y dijo:

—Grieve también ha llegado tarde, señor.

—Miente, Señor, —respondió rápidamente Humberto Grieve.— No he llegado tarde.

Todos los alumnos dijeron en coro:

—¡Sí, señor! ¡Sí, señor! Grieve ha llegado tarde!

—¡Psch! ¡Silencio! —dijo malhumorado el profesor y todos los niños se callaron.

El profesor se paseaba pensativo.

Fariña le decía a Yunque en secreto:

—Grieve ha llegado tarde y no lo castigan. Porque su papá tiene plata. Todos los días llega tarde.

¿Tú vives en su casa? ¿Cierto que eres su muchacho?

Yunque respondió:

—Yo vivo con mi mamá...

—¿En la casa de Humberto Grieve?

—Es una casa muy bonita. Ahí está la patrona y el patrón. Ahí está mi mamá. Yo estoy con mi mamá.

Humberto Grieve, desde su banco del otro lado del salón, miraba con cólera a Paco Yunque y le enseñaba los puños, porque se dejó llevar a la carpeta de Paco Fariña.

Paco Yunque no sabía qué hacer. Le pegaría otra vez el niño Humberto, porque no se quedó con él, en su carpeta. Cuando saldrían del colegio, el niño Humberto le daría un empujón en el pecho y una patada en la pierna. El niño Humberto era malo y pegaba pronto, a cada rato. En la calle. En el corredor también. Y en la cocina, delante su mamá y delante la patrona. Ahora le va a pegar, porque le estaba enseñando los puñetes y le miraba con ojos blancos. Yunque le dijo a Fariña:

—Me voy a la carpeta del niño Humberto.

Y Paco Fariña le decía:

—No vayas. No seas sonso. El señor te va a castigar.

Fariña volteó a ver a Grieve y

este Grieve le enseñó también a él los puños, refunfuñando no sé qué cosas, a escondidas del profesor.

—¡Señor! —gritó Fariña.— Ahí, ese Grieve me está enseñando los puñetes.

El profesor dijo:

—¡Psch! ¡Psch! ¡Silencio!... Vamos a ver!... Vamos a hablar hoy de los peces, y después, vamos a hacer todos un ejercicio escrito en una hoja de los cuadernos, y después me los dan para verlos. Quiere ver quién hace el mejor ejercicio, para que su nombre sea inscrito en el Cuaderno de Honor del Colegio, como el mejor alumno del primer año. ¿Me han oído bien? Vamos a hacer lo mismo que hicimos la semana pasada. Exactamente lo mismo. Hay que atender bien a la clase. Hay que copiar bien el ejercicio que voy a escribir después en la pizarra. ¿Me han entendido bien?

Los alumnos respondieron en coro:

—Sí, señor.

—Muy bien, —dijo el profesor.— Vamos a ver. Vamos a hablar ahora de los peces.

Varios niños quisieron hablar. El profesor le dijo a uno de los Zumiga que hablase.

—Señor: —dijo Zumiga.— Había en la playa mucha arena. Un día nos metimos entre la arena y encontramos un pez medio vivo y lo llevamos a mi casa. Pero se murió en el camino.

Humberto Grieve dijo:

—Señor: yo he cogido muchos peces y los he llevado a mi casa y los he soltado en mi salón y no se mueren nunca.

El profesor preguntó:

—Pero... ¿los deja usted en alguna vasija con agua?

—No, señor. Están sueltos, entre los muebles.

Todos los niños se echaron a reír.

Un chico, flacucho y pálido, dijo:

—Mentira, señor. Porque el pez se mueve pronto, cuando le sacan del agua.

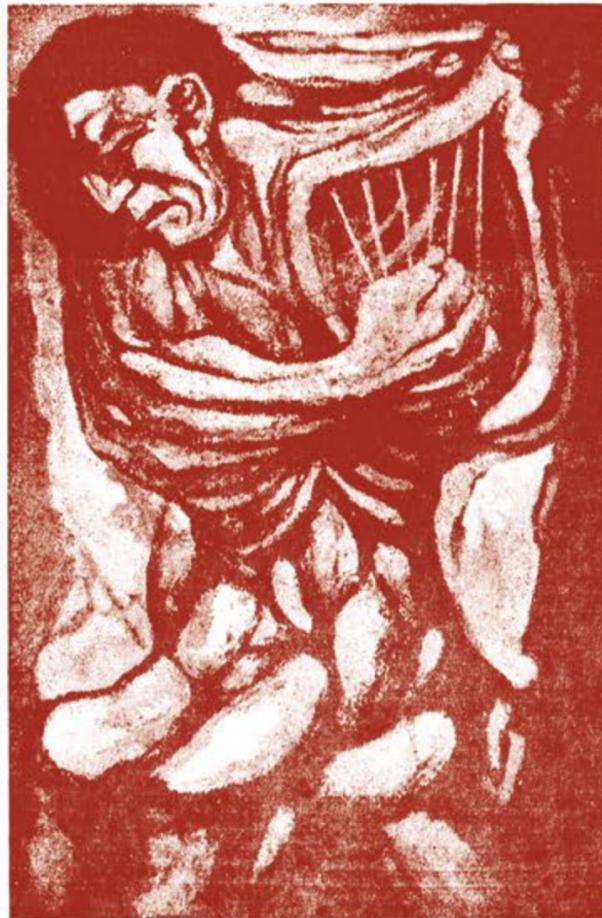
—No, señor, —decía Humberto Grieve.— Porque en mi salón no se mueren. Porque mi salón es muy elegante. Porque mi papá me dijo que trajera peces y que podía dejarlos sueltos entre las sillas.

Paco Fariña se moría de risa. Los Zumiga también. El chico rubio y gordo, de chaqueta blanca y el otro, cara redonda y chaqueta verde, se reían ruidosamente. ¡Qué Grieve tan divertido! ¡Los peces en su salón! ¡Entre los muebles! ¡Como si ¡Jesús pájaros! Era una gran mentira lo que contaba Grieve. Todos los chicos exclamaban a la vez, reventando de risa:

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Miente, señor! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Mentira! ¡Mentira!

Humberto Grieve se enojó porque no le creían lo que contaba. Todos se burlaban de lo que había dicho. Pero Grieve recordaba que trajo dos peces pequeños a su casa

(Pasa a la pág. 6)



CÉSAR VALLEJO  
Temple mural — Ugarte Eléspuru  
130 x 72

—Bueno —dijo el profesor.— Que ésta sea la última vez. Pase a sentarse.

Humberto Grieve buscó con la mirada donde estaba Paco Yunque. Al dar con él, se le acercó y le dijo imperiosamente:

—Ven a mi carpeta conmigo.

Paco Fariña le dijo a Humberto Grieve:

—No. Porque el señor lo ha puesto aquí.

—¿Y a ti que te importa? —le increpó Grieve violentamente, arrastrando a Yunque por un brazo a su carpeta.

—¡Señor! —gritó entonces Fariña.— Grieve se está llevando a Paco Yunque a su carpeta.

El profesor cesó de escribir y preguntó con voz enérgica:

—¡Vamos a ver! ¡Silencio! ¿Qué pasa ahí?

Fariña volvió a decir:

—Grieve se ha llevado a su carpeta a Paco Yunque.

traer a su carpeta, pero Grieve tomó a Paco Yunque por el otro brazo y no lo dejó moverse.

El profesor le dijo otra vez a Grieve:

—¡Grieve! ¿Qué es esto?

Humberto Grieve, colorado de cólera, dijo:

—No, señor. Yo quiero que Yunque se quede conmigo.

—Déjelo, le he dicho.

—No, señor.

—¿Cómo?

—No.

El profesor estaba indignado y repetía, amenazador:

—¡Grieve! ¡Grieve!

Humberto Grieve tenía bajos los ojos y sujetaba fuertemente por el brazo a Paco Yunque, el cual estaba aturdido y se dejaba jalar como un trapo por Fariña y por Grieve. Paco Yunque tenía ahora más miedo a Humberto Grieve que al profesor, que a todos los demás niños y que al colegio entero. ¿Por qué

y los soltó en su salón y ahí estuvieron muchos días. Los movió y se movían. No estaba seguro si vivieron muchos días o murieron pronto. Grieve, de todos modos, quería que le creyeran lo que decía. En medio de las risas de todos, le dijo a uno de los Zumiga:

—¡Claro! Porque mi papá tiene mucha plata. Y me ha dicho que va hacer llevar a mi casa a todos los peces del mar. Para mí. Para que juegue con ellos en mi salón grande.

El profesor dijo en alta voz:

—¡Bueno! ¡Bueno! ¡Silencio! Grieve no se acuerda bien, seguramente. Porque los peces mueren cuando...

Los niños añadieron en coro:

—...se les saca del agua.

—Eso es, —dijo el profesor.

El niño flacucho y pálido dijo:

—Porque los peces tienen sus mamás en el agua y sacándolos, se quedan sin mamás.

—¡No, no, no! —dijo el profesor. —Los peces mueren fuera del agua, porque no pueden respirar. Ellos toman el aire que hay en el agua, y cuando salen, no pueden absorber el aire que hay afuera.

—Porque ya están como muertos, —dijo un niño.

Humberto Grieve dijo:

—Mi papá puede darles aire en mi casa, porque tiene bastante plata para comprar todo.

El chico vestido de verde dijo:

—Mi papá también tiene plata.

—Mi papá también, dijo otro chico.

Todos los niños dijeron que sus papás tenían mucho dinero. Paco Yunque no decía nada y estaba pensando en los peces que morían fuera del agua.

Fariña le dijo a Paco Yunque:

—Y tú, ¿tu papá no tiene plata? Paco Yunque reflexionó y se acordó haberle visto una vez a su mamá con unas pesetas en la mano. Yunque dijo a Fariña:

—Mi mamá tiene también mucha plata.

—¿Cuánto?, —le preguntó Fariña.

—Como cuatro pesetas.

Paco Fariña dijo al profesor en alta voz:

—Paco Yunque dice que su mamá tiene también mucha plata.

—¡Mentira, señor! —respondió Humberto Grieve.— Paco Yunque miente, porque su mamá es la sirvienta de mi mamá y no tiene nada.

El profesor tomó la tiza y escribió en la pizarra, dando la espalda a los niños.

Humberto Grieve, aprovechando de que no le veía el profesor, dió un salto y le jaló de los pelos a Yunque, volviéndose a la carrera a su carpeta. Yunque se puso a llorar.

¿Qué es eso? —dijo el profesor, volviéndose a ver lo que pasaba.

Paco Fariña, dijo:

—Grieve le ha tirado de los pelos, señor.

—No, señor, —dijo Grieve. —Yo no he sido. Yo no me he movido de mi sitio.

—¡Bueno, bueno! —dijo el profesor.— ¡Silencio! ¡Cállese Paco Yunque! ¡Silencio!

Siguió escribiendo en la pizarra; y después preguntó a Grieve:

—Si se le saca del agua, ¿qué sucede con el pez?

—Va a vivir en mi salón, —contestó Grieve.

Otra vez se reían de Grieve los niños. Este Grieve no sabía nada. No pensaba más que en su casa y en su salón y en su papá y en su plata. Siempre estaba diciendo tonterías.

—Vamos a ver, usted, Paco Yunque, —dijo el profesor.— ¿Qué pasa con el pez, si se le saca del agua?

Paco Yunque, medio llorando todavía por el jalón de pelos que le dió Grieve, repitió de una tirada lo que dijo el profesor:

—Los peces mueren fuera del agua porque les falta aire.

—¡Eso es! —decía el profesor.— Muy bien.

Volvió a escribir en la pizarra.

Humberto Grieve aprovechó otra vez de que no podía verle el profesor y fue a darle un puñetazo a Paco Fariña en la boca y regresó de un salto a su carpeta. Fariña, en vez de llorar como Paco Yunque, dijo a grandes voces al profesor:

—¡Señor! ¡Acaba de pegarme Humberto Grieve!

—¡Sí, señor! ¡Sí, señor! —decían todos los niños a la vez.

Una bulla tremenda había en el salón.

El profesor dió un puñetazo en su pupitre y dijo:

—¡Silencio!

El salón se sumió en un silencio completo y cada alumno estaba en su carpeta, serio y derecho, mirando ansiosamente al profesor. ¡Las cosas de este Humberto Grieve! ¡Ya ven lo que estaba pasando por su cuenta! ¡Ahora habrá que ver lo que a hacer el profesor, que estaba colorado de cólera! ¡Y todo por culpa de Humberto Grieve!

—¿Qué desorden era ese? —preguntó el profesor a Paco Fariña.

Paco Fariña, con los ojos brillantes de rabia, decía:

—Humberto Grieve me ha pegado un puñetazo en la cara, sin que yo le haga nada.

—¿Verdad, Grieve?

—No, señor. —dijo Humberto Grieve.— Yo no le he pegado. El profesor miró a todos los alumnos sin saber a qué atenerse. ¿Quién de los dos decía la verdad? ¿Fariña o Grieve?

—¿Quién lo ha visto? —preguntó el profesor a Fariña.

—¡Todos, señor! Paco Yunque también lo ha visto.

—¿Es verdad lo que dice Paco Fariña? —le preguntó el profesor a Yunque.

Paco Yunque miró a Humberto Grieve y no se atrevió a responder, porque si decía que sí, el niño Humberto le pegaría a la salida. Yunque no dijo nada y bajó la cabeza.

Fariña dijo:

—Yunque no dice nada, señor, porque Humberto Grieve le pega, porque es su muchacho y vive en su casa.

El profesor preguntó a los otros alumnos:

—¿Quién otro ha visto lo que dice Fariña?

—¡Yo, señor! ¡Yo, señor! ¡Yo, señor!

El profesor volvió a preguntar a Grieve:

—¿Entonces, es cierto, Grieve, que le ha pegado usted a Fariña?

—¡No, señor! Yo no le he pegado.

—Cuidado con mentir Grieve. ¡Un niño decente como usted, no debe mentir!

—No señor. Yo no le he pegado.

—Bueno, Yo creo en lo que dice usted. Yo sé que usted no miente nunca. Bueno. Pero tenga usted mucho cuidado en adelante.

El profesor se puso a pasear, pensativo, y todos los alumnos seguían circunspectos y derechos en sus bancos.

Paco Fariña gruñía a media voz y como queriendo llorar:

—No le castigan, porque su papá es rico. Le voy a decir a mi mamá.

El profesor le oyó y se plantó enojado delante de Fariña y le dijo en alta voz:

—¿Qué está usted diciendo?

# PACO YUNQUE

(Viene de la 1ª página)

Humberto Grieve es un buen alumno. No miente nunca. No molesta a nadie. Por eso no le castigo. Aquí, todos los niños son iguales, los hijos de ricos y los hijos de pobres. Yo los castigo aunque sean hijos de ricos. Como usted vuelva a decir lo que está diciendo del padre de Grieve, le pondré dos horas de reclusión. ¿Me ha oído usted?

Paco Fariña estaba agachado. Paco Yunque también. Los dos sabían que era Humberto Grieve quien les había pegado y que era un gran mentiroso.

El profesor fue a la pizarra y siguió escribiendo.

Paco Fariña le preguntaba a Paco Yunque:

—¿Por qué no le dijiste al señor que me ha pegado Humberto Grieve?

—Porque el niño Humberto me pega.

—Y ¿por qué no se lo dices a tu mamá?

—Porque si le digo a mi mamá, también me pega y la patrona se enoja.

Mientras el profesor escribía en la pizarra, Humberto Grieve se puso a llenar de dibujos su cuaderno.

Paco Yunque estaba pensando en su mamá. Después se acordó de la patrona y del niño Humberto. ¿Le pegaría al volver a la casa? Yunque miraba a los otros niños y éstos no le pegaban a Yunque ni a Fariña, ni a nadie. Tampoco le querían a-

—Ven a jugar al melo.

Lo echó de un empellón al medio y le hizo derribar su libro, su cuaderno y su lápiz.

Yunque hacía lo que le ordenaba Grieve, pero estaba colorado y avergonzado de que los otros niños vieran como lo zarandaba el niño Humberto. Yunque quería llorar.

Paco Fariña, los dos Zumiga y otros niños rodeaban a Humberto Grieve y a Paco Yunque. El niño flacucho y pálido recogió el libro, el cuaderno y el lápiz de Yunque, pero Humberto Grieve se los quitó a la fuerza, diciéndole:

—¡Déjalos! ¡No te metas! Porque Paco Yunque es mi muchacho.

Humberto Grieve llevó al salón de clase las cosas de Paco Yunque y se las guardó en su carpeta. Después, volvió al patio a jugar con Paco Yunque. Le cogió del pescuezo y le hizo doblar la cintura y ponerse a cuatro manos.

—Estate quieto así, —le ordenó imperiosamente. — No te muevas hasta que yo te diga

Humberto Grieve se retiró a cierta distancia y desde allí vino corriendo y dió un salto sobre Paco Yunque, apoyando las manos sobre sus espaldas y dándole una patada feroz en las posaderas. Volvió a retirarse y volvió a saltar sobre Paco Yunque, dándole otra patada. Mucho rato estuvo así jugando Humberto Grieve con Paco Yunque. Le dió como veinte saltos y veinte patadas.

De repente se oyó un llanto. Era Yunque que estaba llorando de las fuertes patadas del niño Humberto.

—¿En nuestros cuadernos? —

lón del primer año, cuando entró el profesor. Todos se callaron.

El profesor miró a todos muy serio y dijo como un militar:

—¡Siéntense!

Un traqueteo de carpetas y todos los alumnos estaban ya sentados.

Entonces el profesor se sentó en su pupitre y llamó por lista a los niños para que le entregasen sus cuartillas con los ejercicios escritos sobre el tema de los peces. A medida que el profesor recibía las hojas de los cuadernos, las iba leyendo y escribía las notas en unos libros.

Humberto Grieve se acercó a la carpeta de Paco Yunque y le entregó su libro, su cuaderno y su lápiz. Pero antes había arrancado la hoja del cuaderno en que estaba el ejercicio de Paco Yunque y puso en ella su firma.

Cuando el profesor dijo: «Humberto Grieve», Grieve fue y presentó el ejercicio de Paco Yunque, como si fuese suyo.

Y cuando el profesor dijo: «Paco Yunque», Yunque se puso a buscar en su cuaderno la hoja en que escribió su ejercicio y no la encontró.

—¿La ha perdido usted — le preguntó el profesor— o no la ha hecho usted?

Pero Paco Yunque no sabía lo que se había hecho la hoja de su cuaderno y, muy avergonzado, se quedó en silencio y bajó la frente.

—Bueno —dijo el profesor, y anotó en unos libros la falta de Paco Yunque.

Después siguieron los demás entregando sus ejercicios. Cuando el profesor acabó de verlos todos, entró de repente al salón el Director del Colegio.

El profesor y los niños se pusieron de pie respetuosamente. El Director miró como enojado a los alumnos y dijo en voz alta:

—¡Siéntense!

El Director le preguntó al profesor:

—¿Ya sabe usted quién es el mejor alumno de su año? ¿Han hecho el ejercicio semanal para calificarlos?

—Sí, señor Director, —dijo el profesor.— Acaban de hacerlo. La nota la más alta la ha obtenido Humberto Grieve.

—¿Dónde está su ejercicio?

—Aquí está, señor Director.

El profesor buscó entre todas las hojas de los alumnos y encontró el ejercicio firmado por Humberto Grieve. Se lo dió al Director, que se quedó viendo largo rato la cuartilla.

—Muy bien, —dijo el Director, contento.

Subió al pupitre y miró severamente a los alumnos. Después les dijo con su voz un poco ronca pero enérgica:

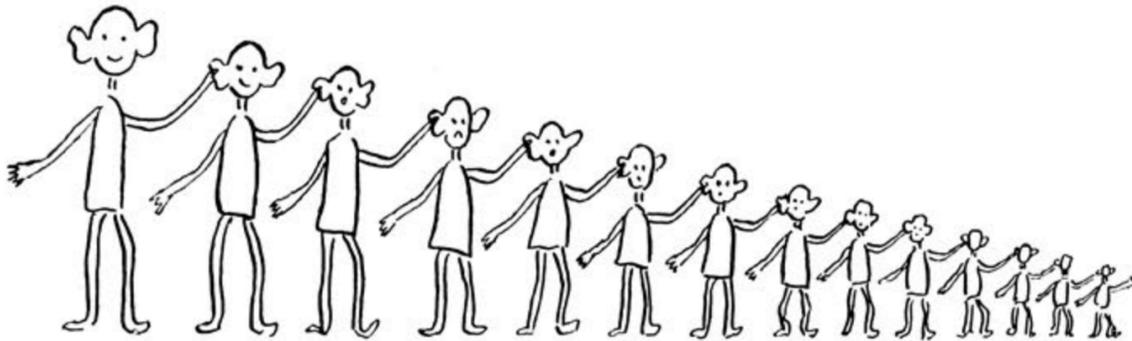
—De todos los ejercicios que ustedes han hecho, ahora, el mejor es el de Humberto Grieve. Así es que el nombre de este niño va a ser inscrito en el Cuadro de Honor de esta semana, como el mejor alumno del primer año. Salga afuera Humberto Grieve.

Todos los niños miraron ansiosamente a Humberto Grieve, que salió pavoneándose a pararse muy derecho y orgulloso delante del pupitre del profesor. El Director le dió la mano, diciéndole:

—Muy bien, Humberto Grieve. Lo felicito. Así deben ser los niños. Muy bien.

Se volvió el Director a los demás alumnos y les dijo:

—Todos ustedes deben hacer lo mismo que Humberto Grieve. Deben ser buenos alumnos como él. Deben estudiar y ser aplicados como él. Deben ser serios, formales y buenos niños como él. Y ¡si así lo hacen, recibirá cada uno un premio al fin del año y sus nombres serán también inscritos en el Cuadro de Honor del Colegio, como el de Humberto Grieve. A ver si la semana que viene, hay otro alumno que dé una buena clase y haga un buen ejercicio, como el que ha he-



“Bienaventurados los pobres porque de ellos será el reino del HOMBRE.....”

preguntó tímidamente Paco Yunque.

—Sí, en sus cuadernos, —le respondió el profesor. —¿Usted sabe escribir un poco?

—Sí, señor. Porque mi papá me enseñó en el campo.

—Muy bien. Entonces, todos a copiar.

Los niños sacaron sus cuadernos y se pusieron a copiar el ejercicio que el profesor había escrito en la pizarra.

—No hay que apurarse, —decía el profesor.— Hay que escribir poco a poco, para no equivocarse.

Humberto Grieve preguntó:

—¿Es, señor, el ejercicio escrito de los peces?

—Sí. A copiar todo el mundo.

El salón se sumió en el silencio. No se oía sino el ruido de los lápices. El profesor se sentó a su pupitre y también se puso a escribir en unos libros.

Humberto Grieve, en vez de copiar su ejercicio, se puso otra vez a hacer dibujos en su cuaderno. Lo llenó completamente de dibujos de peces de muñecos y de cuadritos.

Al cabo de un rato, el profesor se paró y preguntó:

—¿Ya terminaron?

—Ya, señor, —respondieron todos a la vez.

—Bueno, —dijo el profesor. — Pongan al pie sus nombres bien claros.

En ese momento sonó la campana del recreo.

Una gran algazara volvieron a hacer los niños y salieron corriendo al patio.

Paco Yunque había copiado su ejercicio muy bien y salió al recreo con su libro, su cuaderno y su lápiz.

Ya en el patio, vino Humberto Grieve y agarró a Paco Yunque por un brazo, diciéndole con cólera:

garrar a Yunque en las otras carpetas, como quiso hacerlo el niño Humberto. ¿Por qué el niño Humberto era así con él? Yunque se lo diría ahora a su mamá y si el niño Humberto le pegaba, se lo diría al profesor. Pero el profesor no le hacía nada al niño Humberto. Entonces, se lo diría a Paco Fariña. Le preguntó a Paco Fariña:

—¿A ti también te pega el niño Humberto?

—¿A mí? ¡Qué me va a pegar a mí! Le pego un puñetazo en el hocico y le echo sangre. ¡Vas a ver! ¡Como me haga alguna cosa! ¡Déjalo y verás! ¡Y se lo diré a mi mamá! ¡Y vendrá mi papá y le pegará a Grieve y a su papá también y a todos!

Paco Yunque le oía asustado a Paco Fariña lo que decía. ¿Certo sería que le pegaría al niño Humberto? Y ¿qué su papá vendría a pegarle al señor Grieve? Paco Yunque no quería creerlo, porque al niño Humberto no le pegaba nadie. Si Fariña le pegaba, vendría el patrón y le pegaría a Fariña y también al papá de Fariña. Le pegaría el patrón a todos. Porque todos le tenían miedo. Porque el señor Grieve hablaba muy serio y estaba mandando siempre. Y venían a su casa señores y señoras que le tenían mucho miedo y obedecían, siempre al patrón y a la patrona. En buena cuenta, el señor Grieve podía más que el profesor y más que todos.

Paco Yunque miró al profesor, que escribía en la pizarra. ¿Quién era el profesor? ¿Por qué era tan serio y daba tanto miedo? Yunque seguía mirándolo. No era el profesor igual a su papá ni al señor Grieve. Más bien se parecía a otros señores que venían a la casa y hablaban con el patrón. Tenía un pescuezo colorado y su nariz parecía moco de pavo. Sus zapatos hacían

Entonces salió Paco Fariña del ruido formado por los otros niños y se plantó ante Grieve, diciéndole:

—¡No! ¡No te dejes que saltes sobre Paco Yunque!

Humberto Grieve le respondió amenazándole:

—¡Oye! ¡Oye! ¡Paco Fariña! ¡Paco Fariña! ¡Te voy a dar un puñetazo!

Pero Fariña no se movía y estaba tieso delante de Grieve y le decía:

—¡Porque es tu muchacho, le pegas y lo saltas y lo haces llorar! ¡Sáltalo y verás!

Los dos hermanos Zumiga abrazaban a Paco Yunque y le decían que ya no llorase y le consolaban, diciéndole:

—¡Por qué te dejas saltar así y dar de patadas! ¡Pégale! ¡Sáltalo tu también! ¿Por qué te dejas? ¡No seas zorro! ¡Cállate! ¡Ya no llores! ¡Ya nos vamos a ir a nuestras casas!

Paco Yunque estaba siempre llorando y sus lágrimas parecían ahogarle.

Se formó un tumulto de niños en torno a Paco Yunque y otro tumulto en torno a Humberto Grieve y a Paco Fariña.

Grieve le dió un empellón brutal a Fariña y lo derribó al suelo. Vino un alumno más grande, del segundo año, y defendió a Fariña, dándole a Grieve un puntapié. Y otro niño del tercer año, más grande que todo, defendió a Grieve, dándole una furiosa trompada al alumno de segundo año. Un buen rato llozaron bofetadas y patadas entre varios niños. Eso era un escándalo.

Sonó la campana y todos los niños volvieron a sus salones de clase.

A Paco Yunque lo llevaron por los brazos los dos hermanos Zumiga.

Una gran gritería había en el su-

# CARACTER Y DESARROLLO DE LA CULTURA BRASILEÑA

Por CAIO PRADO

OCURRE con relación a nuestros países latino-americanos una circunstancia elemental —tal vez por eso mismo frecuentemente olvidada o subestimada—, y que sin embargo tiene gran significación. Me refiero tanto al hecho de que estamos constituidos por poblaciones en su mayoría extrañas, en origen y tradición cultural, al medio geográfico en que se hallaron por efecto de la colonización, como a las contingencias históricas a que fueron sometidos. Y por esto, no siempre supieron adaptarse debidamente, y sobre la base de las nuevas condiciones en que se encontraban, elaboraron una cultura propia y original.

Esta falta de ajuste entre las contingencias de una vida nueva y la cultura que es común a los pueblos y países americanos, es más o menos acentuada y grave. En lo que respecta al Brasil, ello es sin duda considerable. Necesitamos considerar que somos un país de condiciones geográficas y de formación histórica profundamente diferentes de las que están en el origen de las razas y pueblos que contaron en nuestra constitución. Recordemos que los indígenas no contribuyeron en proporción apreciable, no existiendo así, en cuanto a nosotros, un argumento que en rigor podría ser invocado en otras partes de América. Las razas formadoras del Brasil son casi únicamente las de Europa y África.

Con relación a Europa, no es necesario insistir en la profunda diferencia que existe entre el medio geográfico del viejo continente y el de nuestro territorio, situado casi enteramente entre los trópicos. En cuanto al África, si existe alguna semejanza, ella se inutiliza por el hecho de que el negro se incorpora al Brasil en calidad de esclavo sumiso y pasivo, sin oportunidad así para influir apreciablemente en la dirección cultural del país. Además de esto, tanto para los europeos como para los africanos (y aquí podríamos agregar a los indígenas), la formación histórica del Brasil constituyó una experiencia totalmente nueva y grandemente apartada de los moldes que hallamos en el origen de aquellos pueblos.

Lo que dificultó sobremanera la conversión de esta experiencia en valores y expresiones culturales fué la inestabilidad permanente que caracterizó a la evolución brasileña. Una evolución cíclica, tanto en el tiempo como en el espacio, en la que se asiste sucesivamente a fases de prosperidad estrictamente localizadas, seguidas luego de mayor o menor lapso, pero siempre corto, por una decadencia y estancamiento o aniquilamiento.

Tal fué la historia brasileña. Violentos altibajos de prosperidad económica y social reptándose en todas las regiones del país, y acompañados de no menos violentas fluctuaciones demográficas. Tal inestabilidad y evolución a saltos, en que todo pro-

greso momentáneo es invariablemente seguido por una rápida declinación y aniquilamiento de cada una y de todas las áreas pobladas y explotadas del país, no fué evidentemente propicio a la elaboración de una cultura original y propia. No se contaba para ello con un factor esencial; el tiempo. No son solamente cortos los 400 años de nuestra existencia; es que estos 400 años no tuvieron continuidad, y se fraccionan en ciclos de duración insignificante que nada o casi nada dejan detrás. Cada vez hubo que comenzar nuevamente una tarea apenas emprendida y sin continuidad. En un constante comenzar, poco a nada se podía realizar de sólido y perdurable.

Sin duda es ésta una de las grandes razones por las que nunca se pudo constituir una verdadera cultura nacional. Siempre vivimos, en este terreno, de mimetismos, y en un desajuste perpetuo entre nuestra cultura de préstamo y la realidad del país. Es verdad que en cierto sentido la cultura es universal, y pertenece o puede y debe pertenecer a toda la humanidad en cualquier situación en que ella se encuentre. Pero esto únicamente en aquello en que la humanidad es una sola y tiene un substrato común o permanente. Dentro de esta unidad, ¿cuántas son las diferencias?

La cultura no es un elemento abstracto que se cierne sobre las contingencias y las experiencias humanas. Ella tiene un contenido muy concreto e íntimamente relacionado con la vida del hombre. En sus objetivos, se destina a servir al hombre y sostenerlo en la lucha por la existencia; en su origen, se forma y se inspira en esta lucha y en la experiencia que proporciona. Siendo así, la cultura de un pueblo, para ser verdadera y genuinamente suya, necesita ligarse íntimamente a las contingencias de su formación y evolución; contingencias materiales (el medio físico, que es el suyo), y contingencias humanas: las circunstancias propias de su constitución histórica. Debe ser la expresión fiel de la experiencia de cada pueblo, actuando en su medio particular.

Esto faltó al Brasil y a los brasileños. Hemos vivido, y aún vivimos, de modelos extraños. Modelos de pensamiento, ciencia, técnica, cultura en general; todo nos viene desde fuera, completo y estereotipado; y lo que es más grave, de un mundo enteramente diverso del nuestro. No es necesario subrayar los inconvenientes que esta situación presenta. Ellos se manifiestan a lo largo de toda nuestra historia: y se van tornando más graves a medida que avanzamos y adquirimos fisonomía propia, y más definida. La adaptación de una cultura extraña a un medio diferente no siempre es fácil; frecuentemente sólo se hace a costa de un gran desperdicio de esfuerzos, e incluso algunas veces es impracticable.

## PACO YUNQUE...

(Viene de la página anterior).

cho hoy Humberto Grieve. Así lo espero.

Se quedó el Director callado un rato. Todos los alumnos estaban pensativos y miraban a Humberto Grieve con admiración. ¡Qué rico Grieve! ¡Qué buen ejercicio ha escrito! ¡Ese sí que era bueno! ¡Era el mejor alumno de todos! ¡Llegando tarde y todo! ¡Y pegándoles a todos! ¡Pero ya lo estaban viendo! ¡Le había dado la mano el Director! ¡Humberto Grieve, el mejor de todos los del primer año!

El Director se despidió del profesor, hizo una venia a los alumnos, que se pararon para despedirlo, y salió.

El profesor dijo a su vez:

—¡Síntense!

Un traqueteo de carpetas y todos los niños estaban ya sentados.

El profesor le ordenó a Grieve:

—Váyase a su asiento.

Humberto Grieve, muy alegre, volvió a su carpeta. Al pasar junto a Paco Fariña, le echó la lengua.

El profesor subió a su pupitre y se puso a escribir en unos libros.

Paco Fariña le dijo en voz baja a Paco Yunque:

—Mira al señor, que está poniendo su nombre en su libro, porque no has presentado tu ejercicio. ¡Míralo! Te van a dejar ahora recluso y no vas a ir a tu casa. Por qué has roto tu cuaderno? ¿Dónde lo pusiste?

Paco Yunque no contestaba nada y estaba con la cabeza agachada.

—¡Andal! —le volvió a decir Paco Fariña. —¡Contesta! ¿Por qué no contestas? ¿Dónde has dejado tu ejercicio?

Paco Fariña se agachó a mirar la cara de Paco Yunque y le vio que estaba llorando. Entonces le consoló, diciéndole:

—¡Déjalos! ¡No llores! ¡Déjalos! ¡No tengas penal! ¡Vamos a jugar

con mi tablero! ¡Tiene torres negras! ¡Déjalos! ¡Yo te regalo mi tablero! ¡No seas zonzol! ¡Ya no llores!

Pero Paco Yunque seguía llorando agachado.

## Algunos Filósofos de la España actual

(Viene de la página 4)

culta al Padre Ceñal el panorama de la meditación contemporánea: el eminente jesuita es el expositor más fiel del pensamiento de Heidegger, en lengua castellana. Lo que para la dificultad de interpretación de los textos heideggerianos y el achaque de incomprendido que adolece el ilustre pensador germano, no es poca cosa. Ceñal ha insistido en el carácter propedéutico de la analítica existencial, destacando así un aspecto fundamental olvidado por los que titulan de existencialismo a la ontología fundamental. Por otro lado, Ceñal ha sostenido la necesidad de rescatar para el intelecto la prioridad en la captación del ser del ente, prioridad que le regatean las decantadas vías de acceso irracionales y emotivas. Su actividad se aplica diligente a la publicación de la revista «Pensamientos», vehículo impreso, importantísimo, de investigación e información filosóficas en España y Europa.

A Zubiri debe reputarse como uno de los pensadores más rigurosos de la cultura occidental. El ajuste perfecto de sus afirmaciones, el esforzado y casi torturado empuje por el enfoque preciso y unívoco, la claridad intelectual de su actitud, ajena a la palabrería del emotivismo, justifican esta afirmación. Xavier Zubiri ha devuelto, sin proponérselo, a la inteligencia sus fueros de privilegio en la reflexión filosófica, arrebatados por la elocuencia de los intuicionismos irracionales. En Zubiri la filosofía es un pensar radical que quiere

plantearse en su dimensión de ultimidad los problemas que las ciencias en su afán adquisitivo descuidan. Esto no lo ha dicho Zubiri, es una actitud hallable para quien quiera observar su estilo intelectual.

Pedro Laín Entralgo no ostenta la etiqueta de filósofo. Es médico y su labor intelectual es la historia de la medicina. También es humanista cabal que ausculta con gravedad y primor los afares españoles e hispanoamericanos. Su actividad dilecta —historiar la medicina— se nutre de una sustanciosa y genuina fuente filosófica. De allí su pertinencia aquí. Su última publicación —Introducción histórica al estudio de la Patología Psicosomática— es patente muestra. El análisis del concepto de la enfermedad en Grecia lo remite a filosóficas consideraciones en torno a la «physis», la actitud «naturalista» que se halla en la base helénica de la ciencia occidental. Las obras de Laín Entralgo son excelentes. Sostiene un punto de vista decisivo respecto al papel de la historia en la investigación científica y filosófica. Montado sobre el nivel de la tradición del pensador puede asir problemas para los cuales la actitud —imposible— virgen de pasado es ciega. «El camino de la historia es tan necesario como el camino de la realidad para el logro de un saber científico cabal». La actitud filosófica de Laín Entralgo se vincula hondamente a ciertos fecundos aciertos de Zubiri. Constituyen, conjuntamente con Rof Carballo, López Iboz y otros, una interesante y ejemplar manifestación de viviente y entrañable afinidad intelectual, sin el menor olor de sectarismo dogmático y adhesión beata a una figura central. Este grupo articula los hallazgos sin pretender elaborar una concepción o panacea de soluciones. Es ejemplo de auténtica comunidad intelectual.

Esto se verifica, concretamente, en un sinnúmero de casos. Comencemos con algunos ejemplos de los más simples y elementales. Pero antes querremos advertir que en el concepto de cultura incluimos aquí, en forma amplia, todos los «modos de pensar, de sentir y de actuar de una colectividad». No restringimos aquel concepto simplemente al de la cultura intelectual; de los conocimientos, nociones y modelos abstractos del dominio de la ciencia o del arte puro. Los modos de actuar, las normas de la actividad humana en sus más simples manifestaciones, son para la ciencia y el arte elementos de este complejo que forma la cultura de un pueblo y que lo orienta, inspira, conmueve y conduce a la satisfacción de sus necesidades y aspiraciones materiales y morales.

En este sentido, encontramos desde luego en algunas de las más rudimentarias manifestaciones de la cultura brasileña desajustes profundos al medio e inadaptações flagrantes. En los modos de vida vegetativa (alimentación, vestuario, abrigo, etc.) tropezamos a cada paso con modelos en que la falta de adaptación al medio es evidente. En un clima nítidamente tropical se construye por regla general habitaciones enteramente inadecuadas y copia fiel de los países fríos o templados. Cosa semejante se puede decir del vestuario. En cuanto a la alimentación, estamos frecuentemente ligados a modelos extraños que nos imponen problemas complejos y sacrificios considerables. Por ejemplo, hállese en este caso el consumo del pan de trigo, que es un alimento general en Brasil. El trigo es una planta de difícil cultivo entre nosotros; así por lo menos ha sido hasta hoy, no conociéndose aún variedades propias para la mayoría de nuestro suelo y climas. En estas condiciones, en un alimento básico y artículo de primera necesidad, nos encontramos en dependencia de importaciones no siempre seguras y regulares, como lo estamos sintiendo muy bien en el momento actual. Este, en fin, no es sino un pequeño ejemplo. De modo general, podemos decir que la gran mayoría de los brasileños aún no cuenta con una dieta adecuada a sus necesidades orgánicas y compatible con las condiciones del país.

Pero la artificialidad y falta de adaptación de la cultura brasileña se revela en otros sectores de mucha mayor importancia, y allí los males se presentan en forma también más grave. Podríamos hablar aquí de la técnica agrícola en general, en la que somos tan pobres por lo que toca a las verdaderas soluciones exigidas por las contingencias particulares y especiales de un clima tropical, donde se alternan lluvias excesivas y torrenciales y sequías prolongadas. La regularización del desagüe, la irrigación y otras providencias de esta naturaleza (para no citar sino algunos ejemplos) constituyen entre nosotros problemas fundamentales y graves que sin embargo no sólo no son debidamente considerados, sino que casi siempre se relegan a un plano secundario. Lo que conduce a una destrucción acelerada y en gran escala de las reservas naturales de nuestros mejores suelos, donde por lo general la producción ha declinado acentuadamente.

Recordemos además un ejemplo que tiene en el momento actual una significación especial. El Brasil se encuentra hoy empeñado en la solución de un problema que se puede considerar fundamental y preliminar de todo desarrollo futuro del país. Se trata de la industrialización. Las dificultades en este terreno son, según puede imaginarse, importantes, y los pocos factores verdaderamente favorables con que contamos necesitan por eso mismo ser aprovechados al máximo. Entre ellos figura en primer lugar las grandes reservas que poseemos de mineral de hierro de alta calidad. Y no hay quien no reconozca que es sobre la base del aprovechamiento intenso de este generoso don de la naturaleza que se desarrollará el progreso industrial brasileño. La siderurgia constituye así un elemento de primera magnitud en el actual momento de nuestra historia y su establecimiento en gran escala representa una necesidad primordial. Veamos cómo hemos actuado frente a este problema, y cómo ha sido abordado por la cultura brasileña. El mal que nos causa la dependencia cultural en que nos encontramos, está aquí claramente ilustrado.

Como se sabe, la técnica siderúrgica más vulgarizada (empleo del carbón como combustible y del coque como agente reductor) nació y se desarrolló en Europa, y después en Estados Unidos, condicionada por circunstancias particulares de aquellos continentes: sus grandes recursos de carbón mineral fácilmente explotables y de alta calidad. Si otras fuesen las circunstancias, otras también habrían sido, por cierto, las soluciones y técnicas derivadas de ellas. Lo que no es simple especulación, porque efectivamente existen y son empleados, hoy como en el pasado, aunque en menor escala, procesos y técnicas diferentes para la reducción del mineral. Y si no tuvieron el desarrollo del proceso clásico, es precisamente porque en las condiciones vigentes en Europa y en Estados Unidos, eran menos interesantes.

No ocurre lo mismo en Brasil, sin embargo. Si somos ricos en minerales de hierro, somos muy pobres en recursos de carbón. Pero en ausencia de una cultura y elaboración cultural propias y adecuadas a nuestras condiciones, nos encaminamos por las soluciones clásicas y científicamente más elaboradas, aunque no sean desfavorables. La siderurgia brasileña se está constituyendo y formando, sobre todo, en base a la técnica de la reducción del mineral por el empleo del carbón. Y casi ningún esfuerzo se hace para resolver el asunto de otra forma, más en concordancia con nuestras condiciones y necesidades. Se puede calcular (y ya estamos sintiendo esto muy bien) los tropiezos y las dificultades que encontrará el desarrollo de nuestra siderurgia y el gran desperdicio de esfuerzos que ocasionará.

Este caso de la siderurgia aún es de los más favorables, porque la ciencia y la técnica europea y norteamericana presentan varias soluciones, y aunque una sea mucho más elaborada y profundizada, por el momento, que las demás, podemos escoger de entre ellas, en rigor, la que más nos conviene. Pero en otros casos mucho más generalizados no ocurre

así, y nos vemos frente a una o más soluciones, pero todas poco convenientes para nosotros. Y en ausencia de una elaboración cultural propia, nos encontramos en la contingencia de aceptar pasivamente lo que se nos ofrece, sea o no conveniente. Procedemos así en general, sin advertir que podríamos crear, en la mayoría de los casos algo nuevo; y vemos en los modelos que nos son impuestos dogmas definitivos e inapelables. Si ellos no son ideales para nuestras condiciones, nos limitamos a lamentar lo que aceptamos como un desprecio de la naturaleza o de la ciencia contra lo que nada podemos hacer.

Esta actitud se vincula en parte a una concepción falsa del proceso del conocimiento humano. Deriva de la idea de una ciencia absoluta, completa de antemano ya antes de ser elaborada por el entendimiento, desligada de las contingencias de época y lugar, y aplicable universal y uniformemente en el tiempo y en el espacio. Esta posición racionalista e idealista tiende a paralizar nuestros movimientos. Y es falsa. Tal ciencia solamente existe en la imaginación especulativa y en el dominio de la abstracción metafísica. No tiene existencia real, y la ciencia que conocemos y utilizamos, que conduce nuestros pasos y hace del hombre el dominador de la naturaleza, no es eso. Ella es múltiple, y no única, constituyendo un sistema universal y racional que la inteligencia humana revela paso a paso; y forma un complejo de conocimientos elaborados en cada caso por el entendimiento para conducir al ser que piensa en su lucha cotidiana por la vida. Es así tan variable, mejor dicho, diversa y múltiple, cuanto son variables las peripecias de aquella lucha.

Esto se aplica a todos los sectores y aspectos de la cultura humana. Se torna así muy desfavorable la situación de los países como Brasil, que en vez de elaborar una cultura propia sobre la base de sus condiciones, experiencias y necesidades particulares, se conforman en aceptar pasivamente modelos creados en circunstancias extrañas y diferentes a las suyas. Mucho más grave que ser colonia económica, es esta situación de ciega dependencia cultural. Por que esta dependencia también contribuye hacia aquel estado, y es uno de los grandes factores que permiten su perpetuidad. El Brasil no se liberará efectivamente mientras no encuentre el camino de una cultura propia y autónoma. Y el punto de partida de este camino se hallará en la determinación y coraje de volver a plantear o proponer nuevamente en cada caso todos los problemas, sin ninguna idea preconcebida o tímidez, y plantear sobre bases originales todas las necesidades que surgen en el correr de nuestra vida y evolución. Y hacer esto en los términos más simples, sin complicarse con elementos que, aunque ya hemos introducido y semi-asimilado, traen un origen en última instancia extraño.

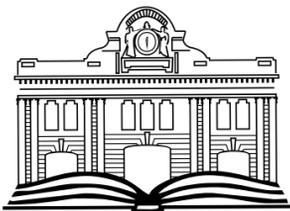
A este propósito quiero citar la apreciación de un técnico brasileño que aunque tratando un asunto particular y limitado, nos presenta un modelo de pensamiento que puede ser generalizado y aclara perfectamente la cuestión aquí tratada: «Si la energía hidráulica (que abunda en el Brasil) hubiese predominado sobre los combustibles en los países avanzados de la industrialización, la mayoría de los problemas industriales estarían resueltos en función de la electricidad. Nosotros, a quienes nos falta combustible, planteemos de nueva tales problemas, adoptando una nueva variante, y amplios horizontes se abren a nuestra perspectiva» (Caio Panliá Calogeras).

Evidentemente no se trata de comenzar de nuevo toda la evolución del conocimiento y del pensamiento humanos, y reiniciar la larga y difícil jornada del progreso cultural de la humanidad. Debemos partir de lo ya adquirido, inspirarnos en él y utilizar los elementos y métodos conquistados. Pero debemos también (y esto es lo esencial) agregar una inspiración propia, y mirar hacia este mundo que nos rodea, tan diferente del mundo europeo o norteamericano que hasta hoy nos ha servido de modelo, sin el prisma deformador de una cultura extraña. Es esta una de las premisas fundamentales de nuestra liberación y de nuestro progreso.

Esto ya fué reconocido muchas veces en el Brasil, y no estoy diciendo ninguna novedad. Incluso ya se observa, en algunos sectores, una posición mucho más objetiva e independiente en relación a nuestros problemas. Lo que sin duda corresponde a la transformación profunda que se está operando en la estructura económica y en la vida del Brasil.

Para comprender esta transformación necesitamos mirar hacia atrás, hacia el punto de partida de nuestra formación que solamente ahora entra en una fase decisiva y final de remodelación. La colonización de los trópicos americanos (en la que nos incluimos) tuvo en sus aspectos fundamentales el carácter de una vasta empresa comercial destinada a explotar los recursos naturales de un territorio virgen en provecho del comercio europeo. Es éste el rasgo que característicamente nos define, y en él encontramos la explicación de lo que hay de fundamental en nuestra constitución económica y social. Si vamos a la esencia de la formación brasileña, veremos que en realidad nos constituimos para suministrar azúcar, tabaco y algunos otros productos; más tarde oro y diamantes; después algodón, y en seguida café, caucho y cacao para el mercado europeo (y más tarde también el norteamericano). Es con tal objetivo exterior, volviéndose hacia afuera y sin atención a consideraciones que no fuesen el interés del aquel comercio, que se organizaran la sociedad y la economía brasileña. Todo se dispondrá en aquel sentido: tanto la estructura como las actividades del país. Vendrá el blanco europeo para especular, realizar un negocio; invertirá sus caudales y reclutará la mano de obra que necesita: indígenas o negros importados; más tarde inmigrantes europeos y asiáticos. Con tales elementos, articulados en una organización puramente productora, industrial, se constituirá el Brasil.

Este comienzo, cuyo carácter se mantendrá dominante a través de nuestra historia, no sufre solución de continuidad con la emancipación política de la antigua colonia. Se prolongará, incluso con la inde-



CASA DE LA LITERATURA PERUANA

